



## **QUIMERA**

### **NOVELA POR ENTREGAS**

**por Antonio Moreno Álvarez**

### **Capítulo 2**

#### **El abuelo**

Cuando me levanté, el sol estaba en su cenit. Había claros y nubes que se alternaban pausadamente. Seguro que hacía más frío que ayer. Bostecé y estiré los brazos y las piernas. Medio dormido, me fui a la cocina. La luz roja de recepción de un nuevo v-msg. Según decía el indicador tenía ocho mensajes visuales esperando. Volví a darme cuenta que no tenía lactocafé. Me vestí y me fui a desayunar al bar de Juan. Desde allí, fui a ver a El-Abuelo.

En la pantalla del taxi podía ver que seguía recibiendo msgs, hasta doce tenía en cola de espera. Al entrar en casi cualquier establecimiento público, o medio de transporte te hacen introducir la tarjeta, de ese modo estás en todo momento conectado con el sistema, también estás controlado en casi cualquier parte. Así me estaban redirigiendo los malditos v-msgs a donde quiera que fuera, hasta que no los recogiera.

El ordenador del taxi estaba programado para dos cosas, para mover el vehículo a través de la red de sensores de las aceras y para la charla casual.

-Señor Deckard, tiene usted varios v-msgs -dijo en el tono que la Alcaldesa había elegido para los ordenadores de los taxis, una voz de mujer un poco tonta y un poco grave.

-Ya lo sé, gracias.

-Puede haber algún v-msg importante, señor Deckard -insistió.

-Muchas gracias, no se me había ocurrido.

-Le recuerdo que al llegar a los veinte v-msgs está usted obligado por Orden a recogerlos o me veré obligada a llamar al Departamento de Seguridad.

-¿Queda mucho para llegar?



-Cinco minutos treinta segundos, más menos diez segundos.

El día había cambiado de golpe y ahora negros nubarrones aparecían entre los edificios. Entrábamos en el barrio Sur110, el barrio de El-Abuelo. Todo estaba destrozado y en silencio. Los edificios parecían vacíos, ni siquiera se veían vándalos. Un edificio de diez plantas que se iba a venir abajo estaba decorado con motivos chinos. De reojo miraba la pantalla y veía el número total de mensajes visuales, diecisiete. Justo cuando cambió el número, el taxi se detuvo y se abrió la puerta.

-Gracias por viajar con Lexicorp -dijo el ordenador del taxi.

Cerré la puerta y recogí mi tarjeta, el cargo se habría hecho automáticamente en mi cuenta. Estaba empezando a llover, así que busqué en mi cinturón el botón del aguatec. Esta vez no me lo había dejado en casa como casi siempre. Al darle al botón, una membrana de fino material transparente me recubrió el cuerpo entero desde la punta de la cabeza a los pies. A mi padre nunca le gustó este aparatejo, decía que le asfixiaba, que no podía respirar. Curioso, porque el bioplástico deja transpirar perfectamente y no permite que nada entre desde el otro lado, como una membrana. Además podías llevar cualquier ropa ya que era completamente transparente. A mí no me disgustaba, excepto por la cantidad de veces que fallaba el mecanismo de apertura.

El-Abuelo ya debía tener unos sesenta años, larga barba blanca y una cabellera de pelo rizado del mismo color. Miraba inquisidoramente por la microcámara de acceso pero no dijo nada cuando me vio, simplemente abrió la puerta. Supongo que tenía desconectado el audio, cosas de El-Abuelo.

Seguía teniendo apilados por todas partes objetos etiquetados y embalados, en grandes estanterías que llegaban desde el suelo hasta el techo. Creía que ya no le quedaría sitio para guardar más cacharros desde la última vez que estuve. Entre los paquetes había un montón de objetos de anticuario, consolas, ordenadores, teclados, y cientos de aparatos que no conseguía identificar. Estaba sentado en una gran mesa de madera comiendo algo de un plato.

-¿Qué te trae por aquí, Deckard?

-Has mejorado en decoración desde la última vez que estuve aquí.

-Sobre todo desde que tú y Killerkit os peleasteis a puñetazo limpio y me destrozasteis los muebles.

-Hace mucho tiempo de eso.

-Ya.

-Tengo un problema.



-¿Y quién no?

-Déjame que te cuente éste, te va a gustar.

Tras contarle los detalles y mi visión general del asunto, levantó la mirada del plato y se dirigió a la cocina, trayendo una lata de pasta de naranjas. Se sentó abriendo el envase y comenzó a comer con una cucharilla verdosa. Después de mascar el bocado, me dijo señalándome con la pequeña cuchara de plástico verde que tenía en la mano.

-No tenías que venir aquí con esa movida.

-Y ahora viene cuando yo te recuerdo que...

-Me vas a decir que te pague la deuda moral contraída, ¿no? -dijo mientras seguía comiendo.

-Bueno, es una manera de decirlo, la verdad es que tenía pensado cobrármela en caso de que no quisieras ayudarme -mientras arrastraba la silla para situarme frente a él.

-Chantajearme, ¿no? -dijo con una media sonrisa-. Pues vale, dile a todo el mundo que me cubriste cuando quise sacar tajada, que borraste mis huellas. Cuéntales que me salvaste de ir a la cárcel, nadie te creería y seguro que ahora ya no podrías demostrar nada.

-No, pero tú lo sabes y yo lo sé, y aún sigo pensando que eres un hombre de honor.

-¡Maldita sea! -dijo poniéndose de pie y dando un puñetazo en la mesa.

-Ven conmigo y ayúdame.

-Con esto queda saldada la cuenta -dijo mirándome fijamente a los ojos-, ni se te ocurra volver a aparecer por aquí después de esto.

-¿Cómo lo ha hecho?

El-Abuelo volvió a sentarse y continuó comiendo. Lo conocía, estaba pensando, le gustaba el desafío. Supongo que siempre he querido creer que aceptó el reto por el reto y no porque le recordara un asuntillo turbio del pasado. Parecía oír sus ideas mientras se agolpaban en su cabezota; analizando, sopesando. Él era el mejor, el más veterano. Le admiraba y respetaba.

-Seguro que ha usado una dirección holonumérica.

-¿No hay contramedidas?

-Su dirección la habrá partido en trozos holonuméricos, donde cada número está en una máquina, cada uno sabe dónde están los otros, pero todos están separados, así cuando hay que dar una orden se unen y luego se vuelven a ir a otras máquinas.

-No lo entiendo, eso...

-Vamos a Dune, te lo explico por el camino. Otra cosa, no quiero ver a Leto y quiero comer cuando tenga hambre, y a la francesa mantenla



alejada.

- Vale.
- Ah, y no me toques los cojones.
- Vale.
- Otra cosa.
- ¿Sí?
- El skinny no eres tú, ¿verdad?

Me quedé una eternidad valorando la pregunta, ni sabía por qué me la había hecho, ni sabía qué intención llevaba viniendo de él, debía tener más sentido del que yo quería ver, pero no lo entendí.

-¡No, claro que no! Mis condiciones. No te pases con la gente de Dune y quiero que me ayudes, no me toques los cojones tú a mí.

-Vale -dijo sonriendo, mientras arrojaba la lata vacía a una papelera de metal que tenía al lado de la mesa-. ¿Has buscado la información de la primera contraseña?

-Sí. "There cannot be total revolution but only permanent revolution. Like love, it is the fundamental joy of life" <sup>1</sup>, firmado: Max Ernst.

-Vámonos a Dune, aquí no tengo acceso total -dijo levantándose y aflojándose un poco la correa de metal dorado de los pantalones.

-Qué raro que no tengas acceso -burlándome de él.

-En cuanto me enteré del lío en Dune sabía que acabarías viniendo, además, te debo una, ¿no? Paguemos y así seré libre de una vez.

-¿Te he contado lo de los cabezones de Dune, no? No estarán de buen humor cuando aparezca por allí, y además iré contigo.

-El niño tiene miedo -canturreó en tono de Godspell antiguo, mientras daba palmadas delante de mis narices-, uuuh, te van a echar las culpas, uuuh, van a castigarte...

-No te pases. Pero no nos va a facilitar las cosas. Por cierto, o me dejas recoger los mensajes o iré directo a la cárcel.

-Sólo me faltaba eso, que los recogieras aquí. Lo haremos desde abajo.

Al llegar a la entrada de su casa, se agachó y silbó de un modo muy fino. Dos rottweilers aparecieron por la puerta. Al ver que les ponía la correa me temí lo peor.

-¿No pensarás llevarte esos monstruos a Dune, verdad?

-No, sólo estoy asustándote. ¡Pues claro que sí, joder!

-Tío, que me metes en más líos de los que ya tengo. No te columpies -sabía que al usar terminología arcaica él se iba a sentir mejor- que me van a cortar la cabeza.

---

<sup>1</sup> "No puede haber revolución total, sólo revolución permanente. Como el amor, es el placer fundamental de la vida."



El-Abuelo abrió la puerta y, como si no me hubiera oído, comenzó a bajar las escaleras con los perros a los lados. Cerré y me puse a su lado para intentar convencerlo.

-Por favor, que ya está la cosa muy liada.

-Este skinny ha usado un truco muy bueno y muy útil. Su dirección existe en el ciber sólo cuando la necesita, para alguna orden concreta. Luego, su identificador se desglosa en números en máquinas diferentes, en trozos de información, partes de un todo donde cada parte sabe dónde están las demás. Ingenioso.

Menudo follón había ese día en Dune. Siete v-msgs eran del jefe, cinco de Michelle, dos del jefe de seguridad y cinco más del jefe pero reenviados de Suecia. Si no aparecía en breve irían a buscarme. Di acuse de recibo y no abrí ningún mensaje. Me decidí a hablar directamente con Michelle, para que fuera calmando un poco los ánimos. En cuanto introduje su dirección en el asqueroso terminal público y limpié la pantalla con la bocamanga de la chaqueta, apareció la cara de Michelle. Estaba en su despacho y había mucha gente de seguridad rondando por allí, todos muy atareados.

-Hombre, su Majestad Deckard en persona, cuánto honor. ¿Desea usted algo? -dijo con tono extremadamente gélido e irónico.

-Ehm...¿está ahí el Jefe?

-Está vez te has pasado. Han venido dos directores suecos y uno chino. El Jefe está con ellos -dijo en tono grave, mientras se dejaba caer grácilmente en su sillón.

-Voy para allá ahora mismo, pero, verás, los rottweilers no son bien recibidos en los taxis...

-¿Qué?

-¿Por qué no me envías un vehículo y te lo explico luego? -dije con una sonrisa contenida y con cierta prevención ante su respuesta.

Lo que siguió después fue una sarta de insultos en varios idiomas. Como pude, me despedí saludando con la mano y desconecté. Ella ya sabía dónde estaba, tenía la identificación del terminal público, así que sólo me quedaba esperar a que se serenara y me viniera a buscar. Me senté en un cajón de hidromiel de una marca muy conocida y miré al cielo. Las nubes grises, densas y arremolinadas, corrían por el pasillo celeste como un mal presagio. No suelo pensar en cosas místicas, y menos en estos tiempos que corren, pero no pude quitármelo de la cabeza.

Mientras, El-Abuelo se había ido a pasear a los dos monstruos peludos. Les hablaba y les decía cosas al oído, a veces subía el tono para



darles alguna orden, o los acompañaba a hacer sus necesidades a alguna esquina. Enternecedor. No sabía si había sido buena idea llamarlo, sabía que era el mejor de su tiempo, pero cada día estaba más loco. Recordé una noche de fiesta en la que estaban sus hijos, dos gemelos que eran dos gotas de agua pero de carácter totalmente diferente. Ellos tres, las novias de los gemelos y yo. Menudo grupo. Uno de los gemelos era Meteotecnólogo y nos estaba dando una bronca con eso de controlar el tiempo, las nuevas teorías del Caos que ayudaban a manipular la lluvia, la sequía... Su hermano, una especie de profesor de Neofilosofía, empezó a argumentar en su contra. Una de las chicas, se aburría y comenzó a flirtear conmigo y El-Abuelo se dio cuenta. Antes de que pudiera reaccionar, el viejo derramó su vaso de cebada en la mesa. El muy zorro no dijo nada, bastó que me mirara.

Años después de la crisis climática todas estas teorías se vinieron abajo. El orden del universo, incluida La Tierra, se mantenía en ese precario equilibrio inestable que hace que no sea tan fácil manipular algunas cosas. Se formuló de nuevo toda la teoría incluyendo oscuras leyes no-deterministas que venían a decir que "no toques eso, si no sabes".

-Bueno, ¿vendrán antes de que empiece a diluviar? -dijo El-Abuelo mirando al cielo.

-Supongo que sí. ¿Cómo están tus hijos?

-Bien, uno se marchó a Alemania y otro a Nova-B. Siguen siendo el yin y el yan, iguales pero radicalmente diferentes, uno no tiene hijos y el otro cuatro -dijo mientras tiraba de las correas de los perros para que le obedecieran.

Un vehículo de seguridad de Dune Inc. apareció por la esquina a toda velocidad. Nos acercamos a la calle para que nos vieran. Cuando se abrió, cuatro soldados del servicio de seguridad, dos cabezones y la propia Michelle se bajaron del furgón. Con una eficacia digna de un ballet perfectamente coreografiado, nos cachearon y nos pasaron dos escáners diferentes a nosotros y a los perros.

-¿Qué haces con éste? -me dijo Michelle sin mirar a El-Abuelo y señalándolo despectivamente con el dedo. Instantáneamente El-Abuelo se dio media vuelta y dijo que se iba.

-Un momento, un segundo, espérate -contesté corriendo hacia él y agarrándolo del brazo mientras los perros gruñían-, un segundo y lo arreglo, ¿vale?

-Michelle, por favor, necesito que venga conmigo y me ayude con las claves, él es el que más sabe de arcaísmos, por favor -con el tono más suplicante que encontré.

-No -respondió cortante y sin matices.



-Guarda el hacha de guerra para después de que pase la crisis, haced una tregua, por favor, hazlo por mí, por favor, y te prometo, te prometo que... no beberé ni una gota hasta que se solucione el caso, te lo juro. Se quedó pensativa un instante y me miró directamente a los ojos.

-Ni una gota.

-Lo prometo -poniendo la mano en el pecho.

-Tienes mucho que explicar cuando llegemos a Dune, ya lo sabes.

-Lo explicaré todo, te lo prometo, tiene una fácil y sencilla explicación.

-Me encantará oírla.

-¿Entonces, vale? ¿Vale El-Abuelo?

-Si te veo con una copa en la mano...

-Ni una gota.

-Mantén al viejo alejado de mí -mientras se daba la vuelta para entrar en el furgón.

Le hice señas a El-Abuelo que, con la cabeza bien alta, se acercó a mí. Lo cogí del brazo y los dos nos dirigimos al vehículo. Mientras nos acercábamos le grité a Michelle.

-Eh, una cosa Michelle, ¿comer....se podrá comer, verdad?

En el furgón había tanta tensión que tuve que abrir una de las ventanillas para que entrara algo de aire fresco. Mientras nos dirigíamos a Dune, eché un vistazo por la ventana. No había mucha gente por la calle, llovía bastante. En una de las esquinas de la Avenida Nueva Alandal un grupo de chinos se manifestaba y un grupo de seguridad usaba "bengalas" para controlar a la gente. Siempre me parecían bonitas las luces que despedían esas cosas que usaban, parecían pequeños fuegos artificiales de colores. Lástima que en realidad sean instrumentos usados para paralizar instantáneamente el sistema nervioso. Claro que después del boom chino, medio mundo se llenó de emigrantes de allí. En fin, no sé cómo llegamos a este sistema. Las máquinas tenían que ser nuestra liberación y resultó todo lo contrario, se usaron para controlar más y mejor a la gente. Siempre me preguntaba cómo llegamos a esto. El-Abuelo debía saberlo mejor que yo, pero nunca quería hablar del tema.

En ese instante, el terminal del furgón parpadeó, uno de los de seguridad se acercó a la consola para revisar si todo funcionaba correctamente. Al principio no notamos nada, pero a medida que llegábamos a Dune, algo pasaba en las calles. Todos los vehículos, públicos o privados, se habían detenido. Todos. Dentro del furgón nos miramos con cierta extrañeza. Todo el mundo en la calle parecía desconcertado, unos



salían del vehículo y la emprendían a gritos, otros simplemente se dirigían andando hacia donde quiera que fueran, algunos abrían el panel de control e intentaban ver qué pasaba.

-Se habrá estropeado el sistema de sensores -dijo Michelle sin darle mayor importancia a la cosa.

Al llegar al subterráneo de la pirámide, el furgón se quedó en el único sitio libre que quedaba, ya que otros vehículos estaban bloqueando el aparcamiento de forma caótica. Mientras andábamos hacia el ascensor interior en silencio, había algo en el aire que nos mantenía alerta, no sabíamos qué pero el caso es que nadie decía nada. Los de seguridad nos acompañaron en el ascensor y los cabezones se dirigieron a los tubos que usaban para acceder y moverse por todo el interior de Dune. Al abrirse las puertas, nadie reparó en nosotros ni en los dos perros que llevaba El-Abuelo, la gente iba de un lado para otro en frenética actividad.

Nos dirigimos todos al despacho de Michelle, los de seguridad se quedaron en la puerta cuando entramos. El-Abuelo tardó un poco más porque se empeñó en atar a sus perros a un gran macetero que tenía una planta mezcla de palmera y de rosal.

Nunca había visto tanta gente en ese despacho. Estaba el Jefe, paseando nerviosamente de un lado para otro; dos tipos altos y rubios con traje negro, y uno con traje azul de aspecto achinado y más bajo. También estaba Solojohnny dando órdenes con la voz, con el key-voz y con el teclado, muy atareado. En una esquina había un hombrecillo con un traje parduzco y un portátil en la mano. Al lado de Solojohnny había una joven que le indicaba algunas cosas en la pantalla.

-¿Por qué habéis tardado tanto? -dijo el jefe dirigiéndose a Michelle mientras se pasaba, nerviosamente, la mano por la calva.

-¿Tanto? -respondió ella sin entender bien a qué se refería- ¿Qué ocurre?

-Michelle, Deckard, estos son Ike y Northstar, directores del proyecto en Suecia -dijo él presentándonos a todos-, a Solojohnny ya lo conoces, ella es Eve, asistente de sistemas, el representante chino del proyecto, Lo-Wan... ¿y el señor de pelo blanco es...?

-El-Abuelo. He pedido que me ayude en toda esta movida -contesté cortante.

Tras saludarnos con un movimiento de cabeza, pregunté por el señor del traje pardo.

-Eh, sí, es el enlace del gobierno, Fazzoletti.



-¿El gobierno? ¿No entiendo? -preguntó Michelle ligeramente desconcertada.

-Sentaos, por favor -dijo el Jefe señalando las nuevas sillas que se habían añadido al despacho.

De reojo, miré la cara de Michelle y noté que este caos no le gustaba nada, aunque estuviera el Jefe. Todo este jaleo de gente y mobiliario sin orden ni concierto no le hacía ninguna gracia.

-Hace una hora recibimos un msg del skinny, hace unos minutos ha borrado de toda la red el sistema de guía de los vehículos terrestres -informó el Jefe en tono muy grave.

-Bueno, pues se restaura y en paz -respondí en tono aburrido.

-¡Deckard, maldita sea! El sistema de guía de todos los vehículos terrestres -dijo levantando la voz y poniendo énfasis en la palabra "todos"-, borrado, eliminado, de los terminales de toda la red, ¿entiendes?

-Restaurar de las copias de seguridad y ya está.

-En toda la red llevará meses restaurar eso -contestó El-Abuelo poniéndome la mano en el hombro como intentando evitar que siguiera diciendo chorradas.

-No sólo eso, ha quemado los soportes físicos de alguna manera, no es sólo un problema de software es de hardware también, ni idea de cómo lo ha hecho.

En la sala sólo se oía la voz de Solojohnny dando órdenes y tecleando, todos estábamos intentando entender la situación. El Jefe, que había dejado de fumar hacía años, sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y aspiró profundamente. Una bocanada de humo de olor dulzón y color verdoso salió de su boca.

-Hay otra cosa más. Stiff, el jefe de seguridad, ha muerto esta mañana. Están investigando el caso, se sabe que murió en su propio baño, parece que se bloqueó el sistema de apertura de las mamparas y el agua subió a tal temperatura que murió escaldado en el cuboducha. Cuando llegaron los de seguridad el sistema funcionaba perfectamente.

Nos pusimos a trabajar rápidamente. El-Abuelo y yo revisando el msg encriptado y Solojohnny, Eve y Lo-Wan rutando órdenes para el sistema de transporte; algunos sensores no habían sido afectados, los más modernos. Según parecía, el programa se había enviado aquí, a una máquina de Dune y desde aquí mismo se lanzaron una serie de comandos que borraban el soft de tráfico y además se había quemado parte de la placa de control de los sensores callejeros. En todas partes donde se utilizaba este estándar de tráfico se había producido el colapso. Michelle estaba en otro despacho con el Jefe y los suecos, intentando calmar un poco los ánimos.



Parecía que el skinny no sólo quería trastear en Dune Inc. sino que buscaba algo más. Por eso había aparecido el hombrecillo del traje pardo, un enlace del gobierno. Yo que esperaba una buena bronca por lo de los cabezones y ni tan siquiera se habían molestado en referirme el tema. A medida que pasaban las horas aumentaba mi nerviosismo y lo único que se me venía a la cabeza era la idea de poder echar un traguito que me entonara.

Solojohnny se ajustaba la pinza que sujetaba su famosa y larga cola de caballo. Su camisa azul fosforescente, tan de moda aquellos días, no parecía encajar con el tono general del despacho de Michelle. Desde que llegamos, apenas si había levantado la cara del teclado.

-No sé qué estará haciendo pero está concentrado en su tarea –pensé torciendo la boca.

Eve, de vez en cuando, echaba alguna mirada a su alrededor. Era una joven de no más de veinte, traje verdoso tipo bengalí, con dibujos arabescos un poco neohips. Sobre todo me fijé en los ojos, tenía uno verde y otro azul, suponía que sería algún capricho de sus padres o a lo mejor no. Es difícil de saber hoy día, con las cosas que se hacen en ingeniería genética. Me vino a la memoria cuando estuve con Dobro y aquella chica con la que salía, Beetle o algo así, sus padres le habían pedido una piel dorada oscura preciosa, realmente atractiva, pero sus viejos murieron y ella se quedó sin un duro para pagar cada año a las sanguijuelas de la Sociedad General de Transgenia por la modificación en su cadena de ADN, como los cabrones ponían un código de seguridad y un contador biológico para que si no pagaba el efecto se anulara automáticamente, estuvimos un fin de semana entero intentando “crackear” el programa biológico. Se había buscado un bioprograma pirata para puentear al contador, la verdad es que la chica merecía la pena el riesgo, lo único que yo hacía era echarle una mano y mirar de reojo a Beetle. El jodido Dobro sabía del tema, pero nunca había reventado un bioprograma de cambio genético, pero se las ingenió para anular el contador, menudo fin de semana. Acababa de pelearme con Michelle y conocí a aquella itala, cómo se llamaba, no me acuerdo, pero tenía un tatuaje naranja con forma de escorpión en la cabeza, qué locura de fin de semana.

-Deckard, ¿quieres prestar atención? -me dijo El-Abuelo dándome una palmada en la espalda, como para que despertara.

-Sí, qué...

-¿Has visto esto? La lista de hechos sucedido en días 5 de noviembre, desde que hay datos.



-Ya, pero de ahí debemos filtrar...

-Sí, pues ya me dirás por dónde empezamos.

-Ordenador, filtro en base de datos de la fecha pedida con actos violentos.

-Estupendo, nos siguen quedando miles de fichas de hechos, además podría ser eso, o nacimientos, o reuniones dadaistas o... -contestó El-Abuelo acariciándose la barba.

-Max Ernst era un pintor dadaista, pero sus ideas eran un tanto peculiares, si nuestro skinny ha puesto ahí esa frase es que debe tener algo que ver. Supongamos que los hechos que buscamos tienen que ver con algún acto de ruptura.

-Ya, ¿y lo de Harlequin?

-No sé, está en inglés así que podríamos filtrar sólo en ese idioma - dije intentando creérmelo.

-Y luego pretenderás cruzar los datos, ¿no?

-O al menos ver cuántas piezas del puzzle tenemos.

-Pero si no sabemos el tamaño completo del puzzle, ¿cómo diablos vamos a saber cuántas piezas tiene? -dijo gesticulando con las manos, formando figuras en el aire a medida que hablaba.

-El puzzle tiene sólo tres piezas, y por alguna extraña razón usa cosas más y arcaísmos, por eso quiero que lo mires como lo verías tú en tu época, que des un salto y te pongas cuando tenías veinte años o así.

-Tengo hambre.

-Pídelo tú, éste es el despacho... -me di cuenta que no recordaba qué clave tenía esta sala-. Solo Johnny, ¿cuál es el identificador de este despacho? -le dije subiendo un poco la voz para que levantara la cabeza del key-voz.

-Despacho A36T -contestó rápidamente Eve, mirándome con una sonrisa cortés en los labios.

-Gracias, Eve -dije devolviéndole la mirada y la sonrisa.

-Una lata de pasta de yogurt y dos patatas liofilizadas -las palabras de El-Abuelo no combinaban demasiado bien con la fugaz ensoñación de mi mirada y mi sonrisa. Lo miré, volviendo a la realidad-, ah, y unos botes de cebada, un par.

Pedí la comida usando mi identificador. Mientras me sentaba, miré de reojo a Eve. Estaba conteniendo la risita cubriéndose la cara con la pantalla mural que tenía delante. Para mis adentros, pensé: "Gracias, tío, que no estaba ligando, joder". Mientras venía la comida, descansamos un instante y de golpe caí en la cuenta de algo.

-Oye, nuestro vehículo no se detuvo durante el jaleo.

-¿Y ahora te das cuenta? -A El-Abuelo siempre había que sacarle las cosas tirándole de la lengua, me ponía frenético cada vez que hacía algo así.



-No, sí, no... no sé...

-Ese skiny quiere que tú lo descubras, usa tus códigos y eso es una manera de querer comunicarse contigo, además te salvó el cuello cuando lo de los cabezones. Y, encima, el furgón donde íbamos no se detuvo.

-Dejaría intacta la memoria volátil del vehículo y éste recordaba el trazado de ruta, por eso llegamos a destino. Pero, ¿por qué?

-Demostrar su poder, ponerte nervioso.

-Sí, supongo...

-Por cierto, ¿cómo se te ocurrió llamarme, cómo sabías que usaba arcaísmos? -dijo El-Abuelo como cayendo en la cuenta.

-El nombre del fichero.

Sin decir nada, El-Abuelo tecleó un par de comandos en el teclado y recuperó el nombre original del fichero. Al verlo, comenzó a reír tan sonoramente que todos en la sala se le quedaron mirando. Ni siquiera cuando trajeron la comida desde el bar de abajo, paró de reír. Cada vez que volvía a mirar la pantalla le volvía la risa.

**Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.**

***Quimera*. Novela inédita por entregas. Capítulo 2.**

**Hyperespacio Andrómeda. [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.